

§ 99.

La realidad existente fuera de Dios considerada como objeto, lugar e instrumento de la actividad redentora de Dios.

1. En el primer volumen hemos expuesto y descrito lo que Dios ha revelado sobre sí mismo, tal como se consuma en Cristo y tal como lo testifica e interpreta la Iglesia. Dios se manifiesta mediante la revelación natural (en las obras de la Creación) y mediante la revelación sobrenatural (revelación oral, por medio de la palabra). En esta última explica y garantiza la primera (cfr. § 28 y siguiente).

En la revelación natural manifiesta su gloria haciéndola aparecer, es decir, realizándola, de modo finito, en los seres existentes fuera de Dios. Concedamos que las cosas sólo son sombra de la grandeza de Dios y que sólo manifiestan finitamente el *aspecto externo* de la divinidad; no obstante, también ellas participan en la gloria de Dios. Mediante la revelación oral (sobrenatural), Dios nos manifiesta su *vida interna*, verificándose esto en dos modos: nos explica, por así decirlo, su estructura y hace que participemos de ella. La revelación se realiza, y tiene que realizarse, de

un modo humano, mediante palabras, conceptos y procesos psicológicos de naturaleza humana. La palabra de Dios, si ha de poder ser comprendida por el hombre, tiene que como despojarse de su esplendor adoptando humildes formas humanas (cfr. vol. I, § 3).

Este despojarse del Dios que se revela a sí mismo alcanza su punto de culminación en la *encarnación de la Palabra personal (Verbo) de Dios (Phil. 2, 7)*. La creación del mundo es ya una realización de la gloria de Dios, pero proyectada hacia afuera al entrar Dios mismo en el mundo creado, irrumpe en ésta la gloria divina de un modo totalmente nuevo y distinto (§§ 114-17).

2. Por manifestarse Dios a sí mismo mediante la revelación natural y sobrenatural, llegamos nosotros a conocer quién es El. Al manifestarse mediante formas de este mundo, experimentamos, al mismo tiempo, qué es el mundo y, especialmente, qué es el hombre. *El mundo y el hombre son realidades mediante las cuales Dios se manifiesta de una manera finita*. Tenemos, pues, como resultado que la descripción de la gloria de Dios manifestada por la Revelación tiene que ir íntimamente unida con la descripción de la gloria de la Creación. Hablando en rigor: la última es ya también de por sí una descripción de la gloria de Dios tal como se realiza y manifiesta en las cosas. Las *ciencias humanas* investigan y exponen la gloria de Dios, que se manifiesta en la *revelación natural (en las obras de la Creación)*. Llevan a cabo este cometido analizando la estructura de la naturaleza y del espíritu humano (Química, Física, Astronomía, Botánica, Zoología, Antropología, Filología, Filosofía, etc.). Se den o no se den cuenta de ello, que lo quieran o no, todos sus esfuerzos no son más que tentativas mediante las cuales el hombre trata de oír e interpretar la palabra con que Dios nos habla en la naturaleza; de este modo, son necesariamente testimonios de la gloria de Dios. Como nos lo enseña la experiencia, las interpretaciones (científicas) de la palabra de Dios son múltiples y variadísimas, y están incluso en contradicción las unas con las otras.

3. Como lo demuestra la Historia, el espíritu humano provisto sólo de sus propias fuerzas naturales no ha podido nunca descubrir el misterio último de la Naturaleza, es decir, no ha llegado a descubrir que el mundo es una revelación del Dios vivo, que lo ha creado y es totalmente distinto de él (cfr. la doctrina del Concilio Vaticano sobre la necesidad moral de la Revelación, en lo

que concierne al conocimiento de verdades que de por sí podríamos llegar a conocer con las solas fuerzas naturales de nuestro entendimiento: § 30). En cuanto que las ciencias humanas investigan la naturaleza y estructura del mundo, sirviéndose solamente de los medios cognoscitivos que Dios ha dado al entendimiento humano mediante su actividad creadora, son *ciencias puramente naturales*, cuyas posibilidades se derivan, en definitiva, de la revelación natural.

Ahora bien, Dios mismo presenta en la revelación oral (sobrenatural) una *interpretación normativa del mundo*. En realidad, la revelación sobrenatural no es de por sí interpretación y descripción teórica de la naturaleza del mundo. Por esencia está destinada a hacernos participar en la vida íntima trinitaria de Dios. No obstante, al realizar éste su destino esencial, nos dice también de un modo definitivo y normativo cuál es el sentido último del hombre y del mundo, es decir, nos enseña que Dios ha reservado al mundo y al hombre un estado final en que se manifestará en todo su esplendor la gloria divina, nos muestra el camino que conduce hacia este estado, así como los peligros y seguridades que podremos encontrar a lo largo de nuestra marcha (§ 27: división de la Dogmática).

4. Cuando la Teología plantea el siguiente problema: ¿Qué es el hombre y qué es el mundo?, la pregunta en cuestión se refiere a lo que el hombre y el mundo son ante los ojos de Dios, teniendo en cuenta su origen divino. Es decir, busca la respuesta que Dios mismo nos da en la revelación oral divina. Lo que Dios nos dice sobre la esencia del mundo y del hombre presenta el carácter de *obligatoriedad*; no es una mera tentativa de interpretación entre otras muchas, es una respuesta que tenemos que aceptar no solamente porque Dios conoce sus obras mejor que el más genial de los científicos, sino también porque Dios es el Señor del mundo y del hombre, a quien los dos tienen que obedecer.

5. Mientras que en el *primer volumen* hemos expuesto lo que Dios ha revelado sobre sí mismo, en el *segundo* vamos a exponer la misma Revelación de Dios en cuanto que mediante ella las *criaturas participan en la vida divina*. Conviene establecer, en primer lugar, una constatación fundamental, a saber: que Dios ha salido de sí mismo para crear seres a quienes pudiese comunicar el derecho a participar en su vida divina. Al estudiar el hecho de la

actividad creadora divina, conviene no perder nunca de vista que Dios ha creado una realidad distinta de él mismo para concederle la participación en la gloria y felicidad de su vida trinitaria.

Dios creador

1. La Teología contesta la pregunta relativa a las estructuras del mundo contándonos su *historia*, su *origen*, es decir, diciéndonos que tienen un origen divino. Habla de la gloria del hombre y del mundo en tanto que habla del Dios que las ha creado, es decir, del Dios vivo, el cual se mueve hacia el hombre y el mundo, mejor dicho, se mueve hacia la nada, sacando de allí al hombre y al mundo para conducirlos al reino de su amor. A la Teología, más que expresar en una fórmula exacta la esencia de las cosas (esto es un problema propio de las Ciencias Naturales), le interesa especialmente el problema relativo al destino de las cosas y del hombre, es decir, le interesa su Salvación, su de-dónde y su a-dónde. En efecto, la Teología es interpretación de la Revelación, la cual nos ha sido dada para nuestra Salvación y no por ningún otro motivo, siendo, por consiguiente, esencialmente Ciencia de la Salvación. El problema relativo al modo de ser de las cosas sólo le interesa en cuanto que ese modo de ser está indisolublemente relacionado con la Salvación (por ejemplo, la inmortalidad y espiritualidad del hombre).

2. Por consiguiente, la Teología resuelve el problema relativo a la estructura del mundo y al hombre, exponiendo lo que la revelación oral nos enseña sobre el origen divino del Universo. Esto se puede llevar a cabo del modo más práctico desde los siguientes puntos de vista. En primer lugar, se puede estudiar *el hecho de la actividad creadora divina*, y en segundo lugar, *su resultado*, las cosas creadas. En la primera consideración descubriremos que la actividad creadora divina no es una cosa que haya tenido lugar hace ya muchísimo tiempo, perteneciendo al pasado, sino que es un *acontecimiento perenne*. Como quiera que Dios ha permitido a las criaturas participar no sólo en el aspecto exterior de su vida, sino también en su plétórica vida interna trinitaria, deberemos destacar *la diferencia que media entre estos modos de ser, el natural y el sobrenatural*. Al describir la estructura de las cosas crea-

das, haremos referencia a los diferentes reinos o estratos de las cosas jerárquicamente superpuestas (jerarquía de las cosas creadas). Con respecto a cada una de estas gradaciones, hay que poner de manifiesto hasta qué punto toma parte en la vida interna de Dios. Al mismo tiempo expondremos que esa participación está amenazada por peligros y que se ha perdido, exponiendo también de qué modo ha sucedido esto.